

GENTRIFICACIÓN, SIMBÓLICA Y PODER EN LOS CENTROS HISTÓRICOS: QUERÉTARO, MÉXICO

Daniel Hiernaux-Nicolas
Universidad Autónoma de Querétaro, México

Carmen Imelda González-Gómez,
Universidad Autónoma de Querétaro, México

Gentrificación, simbólica y poder en los centros históricos: Querétaro, México (Resumen)

La gentrificación se suele analizar a partir de los procesos económicos y materiales que conducen al reemplazo de una población residente tradicional de menor ingreso por personas de mayor capacidad económica. Se plantea que la producción del espacio no es solo un proceso de transformación material sino también simbólica. Aplicado al caso de estudio del Barrio La Cruz, en el Centro Histórico de la ciudad de Querétaro, México, el ensayo se propone demostrar que la experiencia urbana de los residentes es afectada por intervenciones en diversos planos que afectan su percepción del barrio en lo visual, olfativo, táctil, sonoro y en el gusto. Esta nueva experiencia sinestésica radicalmente distinta a la tradicional abre la puerta a la desapropiación del barrio por sus residentes tradicionales y a la imposición de nuevos estilos de vida que actúan poderosamente sobre el barrio y amplifican los embates materiales de la gentrificación.

Palabras clave: Gentrificación – intervenciones simbólicas- poder- experiencia urbana-estilos de vida.

Gentrification, symbolism and power in historical centers: Querétaro city, Mexico (Abstract)

Gentrification is usually analyzed as the economical and physical processes leading to the replacement of a traditional low income resident population by people with greater economic capacity. The paper argues that the production of space is not only a process of material transformation but also a symbolic one. Applied to the case study of Barrio La Cruz, in the historic center of the city of Queretaro, Mexico, the paper aims to demonstrate that urban experience of residents is affected by interventions at various levels that affect their perception of the neighborhood in the visual, smell, touch, sound and taste dimensions. This new synesthetic experience, radically different from the traditional one, open the door to the desapropriation of the

district by its traditional residents and the imposition of new lifestyles which act powerfully on the neighborhood and amplify the material negative effects of gentrification.

Key-words: Gentrification-symbolic interventions-power-urban experience-lifestyles

Introducción

La “producción del espacio” se ha vuelto un concepto ampliamente aceptado por todos los medios sean académicos, profesionales o políticos. Todavía en los setenta, pertenecía al vocabulario de cuño marxista que se había impuesto en los estudios urbanos, particularmente a raíz de los trabajos de autores de la corriente de sociología francesa urbana crítica, liderada por Manuel Castells, Edmond Preteceille, Christian Topalov y otros.

Quien acuñó y le dió fuerza al concepto de producción del espacio (urbano o no) es indudablemente Henri Lefebvre con su magna obra *La production de l'espace* publicada en 1974 en francés, mucho más tardíamente en inglés en 1999 e inexplicablemente nunca en castellano (Lefebvre, 1974^a)¹.

Obra crítica por excelencia, “la producción del espacio” tuvo entre otros el mérito de colocar las prácticas sociales como actos de producción, en el sentido de una transformación que genera un producto de un valor mayor. Obvio que esta forma de plantear la producción del espacio es consecuencia lógica de los trabajos de Carlos Marx sobre la transformación del mundo a partir de la integración del trabajo al insumo material, para lograr, como resultado, un objeto con un valor final superior al valor de todas las componentes integradas al mismo. Plusvalía, valor, capital, fuerza de trabajo y otros, todos estos conceptos de cuño marxista se integran entonces en una panoplia conceptual que permite pensar el espacio de manera distinta de por el pasado: el espacio es ahora considerado producto de la sociedad.

Sin embargo, la evolución del pensamiento sobre el espacio ha puesta en tela de juicio una concepción exclusivamente materialista del espacio, para dar pie a repensar la producción del espacio como un proceso mucho más complejo en el cual lo material se articula de manera compleja con lo inmaterial mediante diversas dimensiones subjetivas del espacio para las cuales tanto la percepción sensorial como la imaginación desempeñan un papel considerable.

En este ensayo, nos dedicaremos a presentar algunos avances de una investigación en curso sobre un caso de gentrificación de un centro histórico, los cuales demuestran ampliamente la relevancia de tomar en cuenta elementos de corte simbólico que son tan poderosos

¹ Está disponible la transcripción al castellano de una conferencia que Lefebvre impartió en Barcelona; véase Lefebvre (1974b)

“gentrificadores” como en sí el diferencial de renta del suelo o las acciones del capital inmobiliario.

La producción del espacio: de lo material a lo inmaterial

El planteamiento tradicional sobre la producción material del espacio establece, implícitamente, una concepción particular del espacio: está entonces formado por una serie de objetos con una localización determinada y una ocupación de un área espacial dependiendo de su forma y sus medidas así como del espacio entre los mismos objetos.

Producir el espacio implica entonces actuar sobre ambas componentes: lo que son los objetos y el espaciamiento entre otros. Por ello, producir el espacio puede referirse tanto a la edificación, transformación/adequación o mismo demolición de ciertos objetos en el espacio, como a intervenir sobre la configuración determinada por la posición recíproca de los objetos, la forma y el espacio ocupado por los mismos, así como por el espaciamiento entre ellos.

Nuestra propuesta parte de un presupuesto inicial: La necesidad de rebasar la “reificación” como tratamiento instrumental de las cosas y las personas y, por ende, también del espacio urbano y del uso que hacemos del mismo. El concepto de “reificación” propuesto por Georg Lukács remite a una suerte de colonización del mundo vivido por la generalización unidimensional del intercambio mercantil a toda interacción social (Lukács, 2013). Implica un “desprendimiento” que significa que la persona ya no está afectada emocionalmente por los eventos o las personas. En otros términos, la reificación plantea la sola existencia de las reglas del juego que parten de la materialidad como sustento de la vida social, exentas de cualquier sentimiento o emoción por lo que, de esta manera, los actores solo se aferran a las dimensiones cuantitativas y materiales de las cosas, los procesos y las personas. Habrá que recordar que Walter Benjamín sometió su análisis de la premodernidad en los pasajes cubiertos parisinos a una concepción similar por la cual considerada que el mismo ser humano se reificaba progresivamente con el avance de la modernidad. Véase por ejemplo, la figura de la prostituta, “...imagen de la forma mercancía...” (Buck Morss, 1995: 253; Benjamin, 2005: 491-514).

Por su parte, Axel Honneth plantea que la reificación proviene de una tendencia a olvidar que antes del conocimiento está el reconocimiento (Honneth, 2005): no podemos aprehender el mundo material si no es a partir del reconocimiento de la manera como otras personas lo han reconocido antes que nosotros. Recordando el célebre aforismo de Theodor Adorno en *Minima Moralia* (Adorno, 2001) según el cual “un ser humano se vuelve realmente humano imitando otros seres humanos”.

Así queda claro que la producción del espacio no es solamente un proceso de transformar la materia, colocar y organizar espacialmente el espacio, sino un proceso mucho más complejo por el cual se produce colectiva y subjetivamente el mundo que nos rodea. Al respecto, desde 1986, Josefina Gómez Mendoza había afirmado, muy atinadamente, que “los verdaderos silencios de Marx” son los términos de la experiencia humana.

Entramos así en el complejo territorio de la subjetividad aplicada al espacio, y por ende a una figura narrativa tan distinta de la que se ha aplicado en los análisis tradicionales del espacio y de su producción, donde prima el objeto y la materialidad del espacio en general: nos encontramos entonces bien anclados en el ámbito del reconocimiento del espacio como “liminar” como lo plantea Angelo Turco cuando afirma que estamos en una etapa de “...crisis del espacio paratáctico y al retorno del espacio liminar” (Turco, 2010: 106).²

La introducción de la subjetividad en el estudio del espacio permite evidenciar múltiples fenómenos y procesos que no responden a leyes estructurales. Como lo menciona Turner desde la antropología, entonces lo liminar es un espacio donde ocurren procesos que no están relacionados con las estructuras (Turner, 1967). No por ello esos fenómenos o procesos dejan por ello de tener una importancia vital para entender el mundo, como es el caso de los imaginarios sociales, los cuales se han vuelto un tema de primera línea en el estudio geográfico contemporáneo (Lindón y Hiernaux, 2012).

Una aproximación de la producción del espacio desde una perspectiva que no solo remite a la materialidad del mismo es la que aplicamos en nuestra investigación, a manera de develar algunos aspectos de la gentrificación que no emergen a primera vista con un enfoque exento del reconocimiento de la dimensión subjetiva de los procesos socioespaciales.

Los sentidos, la apropiación del espacio y el poder

Un aspecto de la liminaridad del espacio que ha sido objeto de reflexiones solo en épocas recientes es el de los sentidos con relación a nuestra forma de experimentar y posteriormente apropiarnos del espacio. Yi-Fu Tuan y la geografía humanista han hecho aportes reveladores que subrayan – si aun sigue necesario hacerlo- la relevancia de la experiencia sobre el razonamiento.

Krampl y Beck, en su introducción a una excelente recopilación de textos sobre “Los cinco sentidos de la ciudad, del Medioevo a nuestros días” (Beck, Krampl y Retaillaud-Bajac, comp. 2013), señalan que “los sentidos de la ciudad remiten primero a la materialidad del espacio urbano en tanto que fuente de estimulaciones sensoriales, proveen enseguida uno de los resortes de la experiencia –física, afectiva y moral- de los ciudadanos, informan la memoria de sus cuerpos y participan finalmente a la construcción del imaginario urbano a través de los cuales los discursos sobre los mismos” (2013: 14). Esta percepción del mundo se da a través de la confluencia de las experiencias sensoriales en un todo: es lo que afirma Merleau-Ponty cuando escribe que “la percepción sinestésica es la regla” (1993 [1945]: 265).

² Turco define el espacio paratáctico como aquel que “...tiene que ver con las secuencias, localizaciones, coordenadas y cosificaciones de las características naturales o antrópicas de la superficie terrestre” (Turco, 2010: 92). Por su parte la figura narrativa del espacio liminar se relaciona con formas espaciales que remiten a la indeterminación, la imprevisibilidad de lo que el humano realiza y produce.

Desde Georg Simmel, pasando por Richard Sennett hasta David Le Breton y John Urry, filósofos, sociólogos, historiadores y antropólogos, sin olvidar psicólogos, han recorrido diversas sendas que los han llevado a la valorización de la experiencia sensorial de la ciudad. Esta resulta en una mina de informaciones entrelazadas que definen la relación de cada individuo a la ciudad, pero también las relaciones entre personas, en la ciudad, entre residentes y no residentes (turistas por ejemplo) o entre antiguos residentes y nuevos habitantes de determinados barrios, tema sobre el cual nos extenderemos en este trabajo.

La apropiación del espacio urbano, podemos definirla siguiendo a Paul-Henri Chombart de Lauwe que plantea que: “La apropiación del espacio consiste en la posibilidad de moverse, relajarse, poseer, actuar, resentir, admirar, soñar, aprender, y de crear siguiendo sus deseos, sus aspiraciones y sus proyectos. Corresponde a un conjunto de procesos psico-sociológicos que se sitúan en una relación sujeto-objeto, entre el sujeto (individuo o grupo) que se apropia del espacio, y los objetos dispuestos alrededor de él en la vida cotidiana. Asocia prácticas, procesos cognitivos y procesos afectivos” (1979: 150).

A partir de esta definición queda claro que la apropiación no es solo un acto de propiedad o de capacidad de transformar materialmente un espacio o un objeto en el espacio, sino un proceso mucho más amplio por el cual diversas prácticas son desplegadas por una persona o un grupo social para lograr una apropiación particular a los fines que persigue en ese momento. Lo anterior es particularmente relevante para nuestro propósito en este ensayo, ya que demostraremos o pretendemos demostrar que el proceso de gentrificación no es únicamente un proceso anclado en la materialidad del espacio, sino que tiene mucha articulación con diversos procesos de apropiación simbólica ejercida por los llamados “gentrificadores”.

La forma de apropiación del espacio por diversos agentes depende también de su posición en la estructura social, pero además la ejemplifica, evidenciando no solo las restricciones o potencialidades de una persona para trastocar materialmente el espacio sino también la manera como esta apropiación va a tener lugar. Steward y Cowan manifiestan al respecto que: “La historia del ruido, de la visión, de los modales, del tacto, de la sexualidad, la apreciación del gusto o del olfato muestra que los encuentros sensoriales entre los individuos y los entornos son producidos y estructurados no solo por sus características materiales, sino también por los contextos sociales y culturales peculiares en los cuales esos encuentros tienen lugar” (Steward y Cowan, 2007: 1-2)

Así, la memoria de los vencidos resulta particularmente difícil de reconstruir con el paso del tiempo: lo que queda de una época histórica es la memoria de los vencedores como bien lo ejemplifica la materialidad del espacio latinoamericano por ejemplo. La memoria de los vencidos debe reconstruirse a partir de las narraciones, las imágenes, los mínimos detalles del espacio urbano que aun logran persistir después de que el espacio de los grupos subalternos haya sido subvertido, reconstruido, fabricado nuevamente por los nuevos grupos o personas que mantienen el poder sobre el espacio.

Las llamadas vecindades en México son una muestra particularmente interesante de varios procesos de apropiación sucesivos: en un primer tiempo, morada de familias pudientes, esas mansiones formaban ya un microcosmo en el cual se podían observar relaciones de desigualdades en la posición en y el acceso al espacio de la vivienda. Los clásicos cinco patios, dedicados a funciones y grupos determinados eran recintos segregados donde se realizaban diversas actividades conforme a una asignación de sentido y utilidad de cada uno por parte del dueño/ocupante. El paso posterior de las vecindades a edificios de renta para población de bajos ingresos muestra un uso del espacio y una apropiación diferente del mismo, la cual indica visos de crear espacios semi-públicos (los patios) compartidos por los inquilinos a la vez que la construcción era fragmentada en microcosmos -los cuartos- en los cuales cada residente o familia podía mantener una mayor privacidad. La posibilidad de reapropiación de la mansión por grupos subalternos, muestra una forma particularmente interesante de readaptar el espacio, de determinar su nuevo uso. Posteriormente, en décadas recientes, la adaptación de la vecindad para hotel o para residencias de grupos medios se ha dado regresando cierto aire señorial al espacio (particularmente cuando se trata de hoteles, tipo “boutique”) y formulando otras reglas de uso y subdivisión del espacio. En este proceso, no solo es la materialidad del espacio que está puesta en tela de juicio por los nuevos ocupantes, sino su subjetividad.

La posibilidad de entender esta apropiación subjetiva está resuelta si se aprende a leer los elementos materiales desde perspectivas experienciales y no solamente físicas pero también si se logra, de manera casi arqueológica, descifrar el palimpsesto socioespacial del sitio en estudio y determinar quiénes y qué hacían sobre y en el espacio. Para ello es esencial recurrir a la simbólica del espacio, la cual expresa no solo un sentido directo sino también muchos otros ocultos. Como se señaló antes, no son solo los elementos visuales los que pueden conducir a la comprensión de este espacio, sino también otros que derivan de una experiencia urbana más completa o integral, correspondiente a una aprehensión sinestésica del espacio y de la relación al otro en el espacio.

Gentrificación y nueva simbólica del poder en el Centro Histórico de Querétaro

El espacio de aplicación de los postulados desarrollados en el acápite anterior es el Centro Histórico de la Ciudad de Querétaro en México, sujeto a un intenso proceso de lo que se ha llegado a llamar la “gentrificación”. Situada a poco más de doscientos kilómetros de la capital mexicana, la ciudad de Santiago de Querétaro -o más simplemente Querétaro- es la ciudad con mayor crecimiento económico y demográfico del país. El primero es resultado de su posición geográfica privilegiada como estado bisagra entre el Área Metropolitana de la Ciudad de México y el Occidente del país. También vale señalar que la ciudad se encuentra ubicada sobre la autopista que lleva a los Estados Unidos de América, conocida como la autopista del TLCAN (Tratado de Libre Comercio de América del Norte).

Su crecimiento económico se explica también por la política de desarrollar parques industriales desde los sesenta, en los cuales tuvieron cabida procesos de industrialización en las ramas agroalimentaria, metalmecánica, automotriz (esencialmente autopartes) y, más recientemente, aeronáutica que se ubica como el cluster más dinámico del Estado. A la par

de este crecimiento económico, la ciudad ha conocido (o quizás padecido) un incremento muy significativo de población (la población de la ciudad rebasó los 800 mil habitantes en 2010 y su área metropolitana albergaba alrededor de 1.3 millones de personas). Mientras que hasta los sesenta la ciudad difícilmente se extendía mucho más allá de su recinto tradicional, hoy definido y registrado como “Centro Histórico”, a partir de los ochenta, con la desindustrialización de la ciudad de México y su consecuente pérdida de empleo por desconcentración y cierre de empresas, Querétaro se ha vuelto un punto importante de inmigración para población de todo el país aunque esencialmente desde el centro mismo de la República mexicana y hasta desde el extranjero.

La quietud en la cual se mantuvo la ciudad por décadas tuvo por efecto el mantenimiento de una carácter provincial colonial del área central, el cual conserva hasta hoy una extraordinaria vitalidad urbana a pesar de la desconcentración de parte de su población y de sus actividades hacia periferias cada vez más distantes. Asimismo, las medidas precautorias sobre el patrimonio, iniciadas desde los ochentas y confirmadas por la catalogación del Centro Histórico al Patrimonio de la Humanidad en 1984 tuvieron por efecto directo una mayor preservación y atención a la calidad arquitectónica y urbanística del centro de la ciudad, el cual se considera, no sin razones, como uno de los centros mejor conservados del país.

Por lo contrario, el proceso de crecimiento económico y demográfico tendría a tener efectos contradictorios con esta tendencia. Ciertamente el incremento de actividad económica fue considerable pero su ubicación en parques industriales alejados permitió preservar el recinto central. A su turno, una buena parte de las oficinas de gobierno se fueron hacia localizaciones periféricas.

A pesar de ello, lo crucial para nuestro propósito es anotar la fuerte presión imaginaria que se ha desarrollado sobre las áreas centrales. Una de las causas es el creciente interés de las actividades turísticas por instalar en las áreas patrimoniales, las cuales ofrecen “rentas patrimoniales” indudables³: de esta manera, buena parte del Centro Histórico se ha visto conquistado por la presencia de hoteles boutiques, restaurantes y tiendas ligadas al ocio y al turismo: su mercado no es solo el de los turistas que provienen de otras áreas del país (esencialmente de la ciudad de México) sino también las nuevas burguesías y la clase media local considerablemente infladas por la bonanza económica de la capital estatal (Hiernaux y González, 2014 en prensa). La calidad de vida de la ciudad (primera o segunda según los *rankings* compitiendo con Merida, Yucatán) también ha atraído residentes extranjeros en busca de la misma y de las “amenidades” que ofrece, así como personas no ligadas a la nueva ola de crecimiento económico pero en busca de la seguridad personal y de bienes que otorga la capital del estado, al contrario de sus vecinos y del resto del país en general donde la delincuencia se ha extendido sensiblemente.

³ Por “renta patrimonial” entendemos un tipo de renta diferencial del suelo derivada de la calidad del entorno y de su valoración patrimonial, lo que representa un factor de atracción evidente para las actividades relacionadas con el ocio y el turismo.

Estos nuevos grupos sociales que interactúan en el espacio queretano conforman algo similar a lo que Alvin Gouldner nombraba como “nueva clase” a fin de los setenta (Gouldner 1979) y que encontraba “...más culta a veces que los hermanos, hermanas o hijos de la vieja clase adinerada” (id.: 35) siendo “...una burguesía cultural que se apropia privadamente de las ventajas de un capital cultural histórico y colectivamente elaborado” (id.: 37). Estamos justamente en este caso de figura por el cual esos nuevos grupos sociales se están apropiando del capital cultural histórico de la ciudad que fue elaborado colectivamente antes de su aparición por un conjunto social heterogéneo de grupos en conflictos.

El Centro Histórico se vuelve así un espacio en conflicto, un territorio donde se manifiestan diversos grupos de poder que tratan de modelar el área central para su beneficio; pretenden adecuarlo no solo a sus intereses capitalistas (la ganancia realizada a partir de diversas actividades comerciales y de servicios incluyendo la inmobiliaria) sino también como espacios de residencia, de manifestación de sus gustos y preferencias culturales, así como un espacio potencial de residencia.

La investigación colectiva que hemos llevado a cabo desde años atrás sobre el Centro Histórico nos permite afirmar que estamos frente a un proceso de “gentrificación” entendido como el reemplazo de la población existente en una área central de una ciudad, por otros habitantes de mayor nivel de ingreso, lo que lleva a una recomposición social pero también de actividades en las áreas afectadas por el proceso. Si bien ésta es la definición clásica de la “gentrificación” como aparece en la obra de Ruth Glass, asumimos la posición sostenida por Lees, Slater and Wyly (2008) y muchos otros autores, por la cual se afirma que las modalidades de gentrificación se han modificado con el paso del tiempo, dando lugar a procesos nuevos como la gentrificación rural (Nates y Raymond, 2007), la gentrificación turística (Gotham, 2005; Hiernaux y González 2014 en prensa) o la “gentrificación estudiantil” (La “studentification” de Darren Smith, 2002), así como nuevas formas de gentrificación dirigidas por procesos institucionales (en otros términos por políticas públicas).

Si bien es necesario que prosigamos nuestra investigación para acabar de calificar el proceso de transformación del Centro Histórico en curso en la ciudad de Querétaro, podemos afirmar -de manera muy sintética- que estamos frente al siguiente proceso: Por una parte, una política conservacionista que mantiene e incrementa el valor patrimonial del Centro Histórico y, por ende, propicia la búsqueda de “renta diferencial patrimonial” por parte de particulares y empresas. A la par, las instancias locales han puesto en marcha desde tiempo atrás políticas de remodelación del espacio asociadas con otra de “limpieza visual” las cuales, al alimón, han impulsado el proceso de reemplazo de la población tradicional de bajos ingresos por otra de mayor poder económico.

Se nota la presencia de capitales destinados al desarrollo del alojamiento turístico y los comercios y servicios ligados no solo al ocio y al turismo, sino también al nivel y a la calidad del consumo exigido por los grupos de mayor poder, tanto externos a la ciudad

(turistas, visitantes de trabajo o extranjeros). Este proceso lleva a una gentrificación turística y comercial, componente significativa del proceso integral de gentrificación local.

Asimismo es indudable que la población estudiantil de la ciudad marca su preferencia en residir en áreas centrales, tanto por el bajo costo del alquiler de cuartos y/o departamentos, como por la mejor accesibilidad a los centros educativos. Observamos entonces una “studentification” relevante, aunque sin común medida con la que se puede verificar en el Barrio de la Candelaria en Bogotá, por ejemplo, (Alfonso, 2012) y en ciudades del viejo continente. Además, es posible observar una presencia creciente de residentes de mayor ingreso en el centro, debido al bajo costo inicial de las viviendas y a pesar de las restricciones (y el incremento implícito de costo para la remodelación de las mismas) de las autoridades patrimoniales (en el caso mexicano el INAH, Instituto Nacional de Antropología e Historia). Esta nueva población está formada –a parte de los estudiantes mencionados- por extranjeros jubilados, personas que trabajan en empresas globales o que han creado sus propios negocios en el mismo Centro Histórico; personas marcadas por el imaginario del “regreso al centro” (Hiernaux, 2010) que abandonan la periferia “sin alma” y por residentes adinerados tradicionales de la ciudad que deciden mantenerse en el lugar que ocupan desde generaciones atrás.

Estas conclusiones preliminares de nuestro estudio, derivan de un amplio trabajo de campo y no solo de constataciones superficiales o guiadas solamente por posiciones ideológicas. Para llegar a ello, hemos puesto en marcha diversas y complementarias herramientas metodológicas, las cuales, en su conjunto, forman un andamiaje que nos permite sacar conclusiones creíbles y verificables.

El proceso metodológico nos ha llevado, como primera línea de fuerza, a dar amplio espacio a las herramientas visuales: manejo de fotografías históricas tomadas tanto por fotógrafos locales como por residentes; levantamiento fotográfico diacrónico (aprovechando también el potencial ofrecido por Street View de Google® por ejemplo) de las edificaciones para identificar cambios en los usos del suelo; recorridos a manera de “entrevistas ambulatorias” con residentes de larga data del barrio, relatos de vida videograbados, entre otras técnicas. También hemos realizado un Mapa del Paisaje Sonoro y diversas mediciones acústicas y estamos con la intención de analizar las transformaciones del paisaje olfativo de algunas partes del Centro.

La hipótesis que manejamos hasta el momento sobre la base de los resultados recabados, nos dirige al siguiente planteamiento: la gentrificación en curso en Querétaro no es solo un proceso de ocupación material del espacio, desplazando a la población residente por medio del alquiler o la compra de sus viviendas y la instalaciones de nuevos residentes y/o negocios. Se trata también de un proceso progresivo de lo que llamamos *estocadas simbólicas* que afectan la experiencia urbana de los residentes tradicionales. Estas son el resultado de anclar en el barrio nuevas coloraciones, materiales de construcción, elementos de naturaleza, objetos de decoración, mobiliario urbano, anuncios y publicidades urbanas, objetos diversos, pero también sonidos, olores, texturas que desposeen los residentes

tradicionales de su experiencia urbana y les impone nuevas que no son suyas y que no han sido construido e integrado a su imaginario urbano de manera progresiva.

Este proceso resulta en una verdadera colonización del espacio por pequeños toques que prefiguran la gentrificación en curso o por advenir e impone una dinámica de poder externo sobre los espacios locales. Esto es lo que trataremos de demostrar en las páginas que vienen, a partir de ejemplos, no solo como referencia sobre lo que ocurre en particular en Querétaro, sino como un ejercicio de delineamiento de estos procesos simbólicos como gestores de nuevas configuraciones socioespaciales.

Las transformaciones físicas y simbólicas de los barrios en proceso de gentrificación muestran así claras manifestaciones de un nuevo poder que se instala paulatinamente para acabar anulando la mayor parte de las experiencias tradicionales que podían experimentar los residentes tradicionales y quizás la primera ola de nuevos visitantes.

Empezaremos por las transformaciones aportadas a la arquitectura. En un barrio tradicional como el de la Cruz en Querétaro, como en muchos otros en situaciones similares, el carácter popular del barrio se verifica también en la escasa calidad de los acabados en las áreas visibles. Degradación de antiguos edificios que sus dueños no se dignan mantener prefiriendo explotar al máximo sus inquilinos o de las viviendas de pequeños propietarios de escasos recursos incapaces de renovar la apariencia externa de su propiedad, pintas o “graffitis” recurrentes, la observación visual de los edificios nos indica claramente el estado del barrio. La convivencia de la población residente con este estado de las construcciones (para el observador externo el “mal estado”) no es difícil: es posiblemente el que se vive desde tiempos atrás, la memoria exhibida en fachadas de diversos momentos del barrio. Se puede reconstruir en las mismas el caso del hijo que mejora su situación económica y regala a sus padres un “lifting” de la casa; la situación de aquel o aquella que hereda y se reapropia modificándola la vivienda familiar que había dejado años atrás; la condición de la mujer mayor que enviuda y deja progresivamente el tiempo tomar posesión de su casa... Esta historia de la evolución de las fachadas, de lo visible de la vida del vecino, la conoce toda la barriada; podemos inclusive reconstruirla a través de diversos métodos de recopilación de información como las “entrevistas itinerantes” que estamos aplicando en el barrio (Watremez, 2008).

¿Qué pasa cuando llega un gentrificador? Suele, desde un primer momento, mejorar su fachada: la pinta, cambia materiales, renueva el antiguo balcón de hierro forjado, coloca una placa de mosaico tradicional con el nombre que eligió para la casa, instala un farol nuevo a la usanza de otros tiempos... En breve se apropia de la fachada pero, y sobretodo, impone su presencia en la calle que habita y en el barrio por su acto de mejoría. Al hacerse presente de esta manera, muestra su poder económico pero también sus preferencias culturales, evidenciando la diferencia entre su habitar y el de los demás. Su fachada renovada no es solo un acto benéfico que puede saludarse como una contribución a la preservación del patrimonio urbano, sea una mansión colonial o una simple construcción popular. Es a la vez una estocada a la vida urbana, una casa marcada por el signo de la diferencia, de la apropiación, como la primera bandera plantada en la luna.

La reapropiación de la fachada suele, en ocasiones, rebasar la simple renovación de la apariencia: pueden aparecer nuevos elementos como macetas en los balcones, y hasta plantaciones de buganvilia en la banqueta, algo particularmente insólito e ahistórico en Querétaro por supuesto. Pero como lo pregona una agencia inmobiliaria manejado por una residente estadounidense y situada en un pueblo distante de Querétaro, las viviendas pueden adquirir un estilo “colonial *chic*” (sic). En otras palabras, una mejoría emprendida por grupos con capacidad de pagarla (mexicanos y extranjeros) de lo colonial tradicional, de lo popular o más aun “vulgar”, aplicada sobre las casas adquiridas.

La percepción auditiva de los residentes tradicionales, a su turno, se ve sometida a transformaciones simbólicas profundas, producto del estilo de vida de los nuevos residentes: por una parte, el uso del vehículo automotor se acrecenta. En el Barrio La Cruz, hasta los años setenta solía haber una fuerte actividad de futbol callejero. Equipos sólidos, encuentros en la misma calle o en canchas tradicionales, el soccer llenó la vida barrial porque aun era posible que los residentes pudieran apropiarse del espacio de la calle. La motorización de algunos habitantes, luego la mejoría de los pavimentos que permitió mayor velocidad de desplazamiento de los vehículos fueron algunos de los factores que mataron al futbol local. No que el barrio fuera menos ruidoso antes, sino que los sonidos ya no eran propios: el paisaje sonoro formado por ruidos del futbol, de la fiesta de la calle, del trabajo artesanal fueron poco a poco desapareciendo para ser reemplazados por nuevo sonidos: vehículos de personas externas al barrio, turisteando o cruzando simplemente el barrio, antros para la marcha de los jóvenes con escaso aislamiento sonoro y muchas molestias de los vecinos, calles apropiadas por los marchistas de salida para fumar afuera con la copa en mano y la voz alta, todavía ensordecidos por el ruido del bar... De estos bares sale música desconocida por los oídos populares salvo, quizás, de los más jóvenes: hip hop, grunge, dubstep, lounge y otros géneros reemplazan la música popular mexicana que difundían los radios de los negocios o los altavoces ubicados sobre las aceras para atraer al comprador, lo que las autoridades han prohibido para lograr una ciudad más pulcra: una forma clara de higienismo posmoderno, que no es sin recordar el más radical de final del siglo XIX. La limpieza visual que ha pregonado la política urbana reciente se ha acompañado de forma directa o indirecta por una limpieza sonora: con el fin de los géneros musicales tradicionales y la entrada de los globales se imponen nuevos paisajes sonoros a partir de pequeños toques que percibe el transeúnte en su recorrer por el espacio público. Solo en algunos momentos, en las fiestas tradicionales cuando el baile de los danzantes recurre a música prehispánica o cuando la procesión de los penitentes en Semana Santa reaviva la música y los cantos sacros, lo popular y tradicional logra levantar la cabeza aunque, hay que reconocerlo, solamente porque su presencia se ha vuelto espectáculo turístico que sirve para enriquecer la imagen de marca y contribuye al “branding” de la ciudad.

Se han vuelto letanías internacionales que hemos visto reproducidas en París, México, Barcelona, Valencia y en Querétaro entre otros sitios gentrificados, los textos de papeletas pegadas a las ventanas de las casas pidiendo más tranquilidad. Aun puntuales, esas afectaciones al regimen sonoro o más bien su sustitución por otro regimen sonoro regido por la fiesta de algunos y el ocio de muchos turistas o residentes de otros barrios imprimen profundas transformaciones en el paisaje sonoro del barrio. Otra vez, se puede apreciar

como la gentrificación lleva a la desapropiación o despojo de la memoria sonora barrial, para imponer, por la magia del poder, nuevos paisajes sonoros correspondiendo a estilos de vida distintos; no son más las campanas las que puntúan el horario del barrio, sino las horas de apertura de los nuevos comercios o el ambiente festivo del fin de semana, y hasta el paso de los autobuses y tranvías turísticos.

La percepción auditiva y la visual no son las únicas afectadas: el cierre progresivo de los pequeños oficios y negocios tradicionales como el reparador de calzado, la carnicería del barrio, pero también la pulquería o la cantina, conlleva la desaparición de múltiples olores que formaban parte del paisaje olfativo del barrio. Unos olores desaparecen, otros parecerían surgir de la nada: el olor penetrante del pequeño expedio de café con sus dos mesas en la acera; la pastelería “francesa” que reemplaza el olor de las memelas, de las gorditas y demás delicias de la comida mexicana tradicional. El residente de siempre se encuentra desubicado frente a esos olores que desconoce, no aprecia forzosamente y que no tienen nada que ver con el olor a borrachera de la pulquería, a aceite requemado de los puestos de tacos o a las velas de la tienda de artículos religiosos. Pasando frente a un hotel boutique del centro, es ahora una mezcla de olor a incienso con productos de limpieza “bio” (el olor a té verde está ahora de moda...) que invade el traseúnte, no los olores memorizados y quizás inmemoriales que perfumaban (por bien o por mal) las calles y hasta las casas del barrio. Esta vieja panadería que exhala ese olor a pan recién horneado ¿cuánto tiempo durará frente a los embates del *croissant* y del *pain au chocolat* del francés recién inmigrado que se instaló en el barrio? Un chico encantador por cierto, que no todos los vecinos ven como un nefasto invasor... Como lo señala Calonge (2013: 258): “En el mercado, todavía persiste ese aroma de barrio popular donde se produce la cercanía humana en un ambiente aún de confianza” aunque agregamos que en el resto del barrio, la confusión de los olores puede generar una “confusión de sensaciones”.

También podemos tocar ahora fachadas alisadas por un albañil experto y traído de fuera que venció las ondulaciones “desafortunadas” que dejaba el artesano del barrio, podemos experimentar sillones mullidos forrados de cuero en los cafecitos del barrio, acariciar manteles de lino en los nuevos restaurantes, dormir en una habitación de un hotel boutique aropado en sábanas de fino algodón egipcio, importadas por supuesto, sentarse en bancas de fina teka o de acero en los espacios públicos. El tacto de la ciudad, más difícil de evidenciar que los demás sentidos, también es parte de una experiencia sensible significativa de la ciudad. Hace falta quizás recordar el comentario de Borges en el libro *Atlas* sobre la percepción táctil que tenía de las columnas del hotel donde solía alojarse en sus numerosas estancias ginebrinas para evidenciar la importancia de este sentido en la sinestesia que envuelve la experiencia de lo urbano.

El gusto finalmente: venta de cervezas importadas, fina pastelería de cuño europeo, sutil mezclas de sabores como las que ofrecía ese curioso restaurante queretano que ofrecía (y fracasó) cocina fusión vasca-oaxaqueña. Los poderosos envoltorios de glamur que acompañan los nuevos productos que se venden en los barrios del centro histórico de Querétaro tienen más poder que el papel kraft engrasado y el plato de cartón o poliestireno sobre el cual se coloca la memela tradicional o el buñuelo. Tampoco el refresco servido en

bolsa de plástico puede competir con el vino importado servido en delicadas copas de cristal d'arques.

Así, el poder de lo nuevo y de los nuevos residentes y visitantes toma posesión del barrio. Olores, sonidos, colores, texturas todo ello forma un conjunto sinestésico que demole progresivamente el paisaje sinestésico del barrio, por pequeñas estocadas, una multiplicidad de minúsculas intervenciones que poco a poco se vuelven dominantes y condicionan la aparición de un nuevo paisaje sensorial y de nuevas experiencias de la vida urbana.

A la par, una gran parte del espacio central de Querétaro se encuentra remodelado por las políticas oficiales, lo que se ha traducido en nuevos pavimentos, colocación subterránea del cableado, imposición de ciertas gamas de colores para el remozamiento de las fachadas, y cambio de mobiliario público. Nos falta todavía hacer un análisis exhaustivo del discurso público –escrito y visual- cargado de simbologías que nos permiten advertir su decidida contribución a cambiar de fondo el carácter popular del centro histórico salvo en aquellas dimensiones útiles para la gentrificación como es la patrimonial.

Un aspecto que empieza a difundirse es el mayor control policiaco de la ciudad el cual, en otros contextos como la ciudad de México, impone ya el uso de cámaras de vigilancia y el patrullaje constante del centro por fuerzas policiacas. En Querétaro esta tendencia es aun incipiente pero susceptible de ampliarse, cuando, de manera unánime y sin ser presionados en este sentido, nuestros entrevistados concurren en señalar la degradación de las condiciones de seguridad pública particularmente en materia de robos a vehículos y casas.

Habrá que indagar si esta situación es solamente el resultado de un incremento de la violencia y la delincuencia en general, como suele ocurrir en muchas partes del país. O quizás, en el caso particular del Barrio de la Cruz si no se está en frente a una respuesta quizás visceral frente a las agresiones simbólicas y económicas que señalamos anteriormente, que ponen a los habitantes del barrio y particularmente los jóvenes en condiciones de extrema vulnerabilidad, tanto con relación a su posibilidad de mantenerse en el barrio a largo plazo, como a la posibilidad de seguir disfrutando de un espacio que tuvo un papel decisivo en la formación de su identidad

A manera de conclusiones

En este ensayo consideramos a la gentrificación como un proceso relacionado con el poder, tanto porque es efecto de las políticas urbanas y del rejuego de los intereses partidarios y económicos de ciertos grupos sociales, sino también porque en la concreción de las transformaciones materiales y simbólicas de los centros históricos, podemos analizar cómo se despliegan diversas dimensiones del poder en el espacio. Analizamos la manera cómo la imposición de nuevos patrones o estilos de vida de los grupos que poco a poco dominan los espacios centrales imponen un control social creciente y discriminatorio sobre la población residente y aquellos que hacían uso tradicional del espacio central.

Consideramos que resulta esencial analizar las formas simbólicas de este control ligado a la sustitución de usos y usuarios, partiendo de la premisa de que las mismas son marcas de poder evidentes y de control del espacio social, hacia su manejo orientado por el interés de ciertos grupos a expensas de un uso general, que debería ser el resultado de la aplicación de un derecho a la ciudad para todos.

Por una parte, se puede partir de la retórica de poder sobre estos espacios; cómo son concebidos, reapropiados y renombrados desde una postura social particular que expresa poder. Por otra parte, se puede analizar también las intervenciones materiales realizadas tanto por las instancias públicas involucradas como por los nuevos residentes y los inversionistas, las cuales integran un discurso simbólico que demuestra intenciones específicas de control del espacio y de alineamiento del mismo a los imaginarios y estilos de vida tanto de los nuevos residentes como de los visitantes (turistas). Pudimos observar a lo largo de la investigación que este discurso visual del poder se esconde atrás de numerosas micro-situaciones como las siguientes: elección del tipo de remozamiento de fachadas; nombres de los nuevos negocios; uso del espacio público (de las aceras por ejemplo); colores impuestos; uso de músicas (imposición de un paisaje sonoro); nomenclatura y señalización urbana; nuevo mobiliario urbano (fuentes, paradas de autobús, señalética, bancas públicas, etc.); eventos culturales en el espacio público o, simple y directamente, herramientas de control, derivadas de las nuevas tendencias de control paramilitar del espacio urbano como cámaras de vigilancia, que lo transforman en espacio “distópico” (Prakash, 2010).

Como toro de lidia en la arena, el Barrio de la Cruz se siente herido por las múltiples estocadas previas a la entrada del matador, que no es más que el capital. La confusión lo atrapa sobre el sentido de estas pequeñas intervenciones cuya arrogancia y crueldad no entiende. Trata de resistir, se enfurece, reclama a veces, pero las banderillas simbólicas ya marcaron el cuerpo urbano del barrio por llagas que no podrán sanar salvo que el toro revolque el matador... ¿Pero será posible? ¿Cómo pueden los habitantes del barrio evitar que estos cambios simbólicos, a veces ejercidos con candor y sentimiento de que se hace “un bien” al barrio, acaben destruyendo su propia identidad? ¿Cómo oponer a este poder insidioso de la gentrificación unas demandas que garanticen el respecto del derecho a la ciudad de los habitantes tradicionales frente a un tsunami material y simbólico de transformaciones que con frecuencia se presentan como cambios estéticos hacia una ciudad espectáculo? Esta es la pregunta política a la cual hemos llegado y que será objeto de debates y foros en la etapa siguiente de nuestro proyecto.

Bibliografía

ADORNO, Theodor W. *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada*. Madrid: Taurus, 2001 [1951]

ALFONSO, Óscar (comp.). *El centro tradicional de Bogotá. Valor de uso popular y patrimonio arquitectónico de la ciudad*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2012.

BECK Robert y ULRIKE Krampl. Introduction. Des sens qui font la ville, Pour une histoire sensible du fait urbain. In: Beck, Robert, Ulrike Krampl y Emmanuelle Retillaud-Bajac (dir.). *Les cinq sens de la ville. Du Moyen Âge à nos jours*. Tours, Francia: Presses Universitaires François Rabelais, 2013, pp.14-25.

BENJAMIN, Walter. *El libro de los pasajes*, Madrid: Akal, 2005.

BUCK-MORSS, Susan. *Dialéctica de la Mirada, Walter Benjamin, y el proyecto de los Pasajes*, Madrid: Visor, colección “La Balsa de la Medusa”, N°79, 1995.

CALONGE REILLO, Fernando. *Los sentidos de la ciudad. Sobre cómo mujeres y hombres ordenan sus espacios vitales*. Guadalajara, México: Universidad Autónoma de Guadalajara, 2013.

CHOMBART DE LAUWE, Paul-Henri. Appropriation de l'espace et changement social”. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LXVI, 1979

COWAN, Alexander y Jill Steward. *The City and the Senses; Urban Cultures since 1500*. Aldershot, Inglaterra y Burlington, VT, EEUU: Ashgate, Historical Urban Studies collection, 2007.

FLORIDA, Richard. *The Rise of the Creative Class. And How is Transforming Work, Leisure, Community and Everyday Life*. New York: Basic Books, 2002.

GONZÁLEZ, Carmen Imelda y Daniel Hiernaux (comp.), *Espacio temporalidades y prácticas sociales en los centros históricos mexicanos*, Querétaro, México: Universidad Autónoma de Querétaro, 2012.

GOTHAM , K.F. Tourism gentrification: the case of New Orleans ¿Vieux Carré (French Quarter). In: *Urban Studies*, 42, 7, 2005, pp. 1099-1121.

GOULDNER, Alvin. *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, Madrid: Alianza Editorial, 1979.

HIERNAUX, Daniel. Los centros históricos ¿espacios posmodernos? (de choques de imaginarios y otros conflictos). In: René Coulomb (coord.). *México: centralidades históricas y proyectos de ciudad*. Quito, Ecuador: Olacchi, 2010, pp. 23-46.

HIERNAUX, Daniel y Carmen Imelda González. Turismo y gentrificación. Pistas teóricas para una articulación. *Norte Grande*. En prensa. 2014.

HONNETH, Axel. *La réification, petit traité de Théorie critique*, Paris: NRF essais, 2005.

LEES LORETTA, Tom Slater y Elvin Wyly *Gentrification*, New York: Routledge, 2008.

LEFEBVRE, Henri. “La producción del espacio”, *Papers: Revista de Sociologia*, Núm.: 3, Barcelona, 1974b, pp. 219-229.

LEFEBVRE, Henri. *La production de l'espace*, Paris: Anthropos, 1974^a.

LEY, David. Artists, Aestheticization and the Field of Gentrification. In: *Urban Studies*, 40, (12), 2003, pp. 2527-2544.

LINDÓN, Alicia y Daniel Hiernaux (dir.). *Geografías de lo imaginario*. Barcelona: Anthropos y UAM Iztapalapa, 2012.

LUKÁCS, Georg. Reificación y conciencia de clase. disponible en inglés en internet; URL: <http://www.marxists.org/archive/lukacs/works/history/hcc05.htm>, consultado el 18 de abril 2013.

MERLEAU-PONTY, Maurice. *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Planeta- De Agostini, 1993 [1945]

NATES, Beatriz y Nathalie Raymond. *Buscando la naturaleza: migraciones y dinámicas rurales contemporáneas*. Barcelona: Anthropos, 2007.

PRAKASH, Gyan. *Noir Urbanism: Dystopic Images of the Modern City*. Princeton: Princeton University Press, 2010.

SMITH, D. Patterns and processes of ‘studentification’ in Leeds. In. *Regional Review*, 11 2002, pp. 17-19.

SMITH, Neil. *The new urban frontier: Gentrification and the revanchist city*. Nueva York y Londres: Routledge, 1996.

TURCO, Angelo. Figuras narrativas de la geografía humana. In: Lindón, Alicia y Daniel Hiernaux *Los giros de la geografía humana, desafíos y horizontes*, Barcelona: Anthropos y UAM Iztapalapa, 2010, pp. 91-119.

TURNER, Victor. *La Selva de los Símbolos; Aspectos del ritual ndembu*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1980 [1967].

WATREMEZ, Anne. L’entretien itinérant: pour une construction d’un dispositif méthodologique de narration des habitants dans la ville patrimoniale. *Etudes de communication*, 201, 2008, pp. 77-92.